



**Teorías sobre la exclusión social:
Reflexiones acerca de su aplicabilidad en el análisis de los procesos de
precariedad social que afectan a los recolectores informales de un basural
municipal**

Santiago Bachiller (UNPA-CONICET)

El presente artículo es consecuencia de un trabajo etnográfico realizado entre el 2008 y el 2011 con quienes subsisten de la recolección informal de residuos en el basural municipal de Comodoro Rivadavia. El objetivo del mismo consiste en considerar la validez de las teorías sobre la exclusión social, indagar sus límites y potenciales en lo que refiere al estudio de los procesos de precariedad que afectan a los recolectores informales de residuos. Para lograr tal propósito, es preciso caracterizar brevemente dichas teorías, para luego indagar la aplicabilidad de las mismas en la zona central patagónica, contexto regional en el cual se inscriben las prácticas de recolección informal.

Dichas teorías poseen múltiples dimensiones, por lo cual el texto sólo se enfocará en algunas de ellas: la exclusión identificada como a) “el derrumbe de la sociedad salarial”, b) la emergencia de los denominados “nuevos pobres”, c) los problemas ligados con el trabajo -desempleo y precariedad laboral-, d) así como la disolución del vínculo social. Asimismo, se sostiene que las teorías sobre la exclusión social se articulan en torno a un presupuesto epistemológico: la ruptura, un quiebre que aleja a los sujetos de las instituciones claves para la integración, provocando su aislamiento social. Centrándonos en dos ejes básicos en la integración de las personas, como es el trabajo y la sociabilidad, en el texto se analiza críticamente dicho presupuesto.

Breve caracterización de las teorías sobre la exclusión social

En primer lugar, se torna preciso esbozar una breve historia de las teorías sobre la exclusión social para comprender sus especificidades. Las mismas surgieron en Francia a mediados de los 1980', en un clima marcado por las altas tasas de desempleo; consecuencia de la crisis del petróleo de los 1970', el mundo de la producción debió reconvertirse, y en ese pasaje que algunos denominan como el tránsito de una sociedad industrial a otra postindustrial, la exclusión se identificó no sólo con el desempleo sino también con la precariedad e inestabilidad en el marco del empleo. La lógica de la competitividad se impuso sobre la producción; en un mundo globalizado y ante la amenaza de la deslocalización de las empresas, ello implicó reducir costos laborales mediante el despido, leyes de flexibilización laboral, etc. Es

entonces cuando en Francia se acuñó el término “nuevos pobres”: el espectáculo de la miseria ya no se limitaba a quienes supuestamente eran incapaces de disfrutar de las bondades del progreso, sino que afectaba a las clases medias históricamente protegidas gracias al pleno empleo, los contratos indefinidos y el amparo del Estado de bienestar. Estas teorías se ligan con lo que Castel (1997) denomina como el “derrumbe de la sociedad salarial”; da cuenta de los problemas que afectan al mundo del trabajo y el retroceso del Estado social dos vectores fundamentales en la integración del sujeto.

Los teóricos franceses coinciden en caracterizar a la exclusión a partir de dos variables que se complementan: un vector que permite la integración del sujeto gracias al trabajo, y un eje que pasa por la inscripción en redes familiares y de sociabilidad. Hasta cierto punto, hay una lógica causal en estas teorías, donde el desempleo o la precariedad laboral son el factor que desencadena los problemas en las vinculaciones primarias. Se asume que el trabajo asegura la interdependencia de los sujetos, aportando un sentido de utilidad y pertenencia social que permite la vinculación de los individuos y la conformación de la sociedad. De tal modo, cuando el trabajo tambalea, se infiere que también tiembla el lazo social. Lo que se enfatiza es la fragmentación, la distancia respecto de espacios de pertenencia vitales -como la familia. Se evidencia una fuerte impronta de la escuela sociológica de Emile Durkheim; el trasfondo es la relación tensa entre sociedad e individuo, la preocupación por la anomia y el quiebre de la cohesión social, el fantasma de la disolución de las normas y los lazos comunitarios. La exclusión supera la dimensión económica para centrarse en la disolución del tejido social; refiere a la inestabilidad de los vínculos sociales. Hasta tal punto, que la exclusión podría leerse como pobreza más aislamiento social -a tono con una tendencia histórica hacia la modernización, urbanización e individuación, la soledad es un elemento básico en el modo en que desde estas teorías se está pensando a los procesos de precariedad social.

Es aquí donde localizamos la principal presunción que articula a estas teorías, del cual se desprenden otros supuestos de menor intensidad. Me refiero al aislamiento en tanto factor mediante el cual estas teorías adquieren especificidad. Ahora bien, dicho supuesto remite a una visión rupturista. Es decir, estas teorías suponen una reflexión en términos de quiebre: se remarca la distancia respecto del mundo del empleo, la disolución de los vínculos, la ruptura de los sentidos de pertenencia. Así, el quiebre es graficado a partir de metáforas geométricas que refieren a la “caída” de las clases medias; es entonces cuando surgiría el “excluido”, un nuevo sujeto que poco tendría que ver con los “pobres tradicionales”. A su vez, estas versiones rupturistas se identifican con un alejamiento respecto de una supuesta “normalidad”, así como una discontinuidad con el pasado.

Desde la historia podemos iniciar una crítica a estos supuestos. El pasado ligado con el Estado de Bienestar es la etapa que sirve como elemento de contraste y que determina la representación del presente en términos de “exclusión social”; en tal caracterización un tanto idílica, se olvida que la sociología de la época reflexionaba en términos de alienación de las clases proletarias. Del mismo modo, la definición de los actuales “excluidos” surge del contraste con las clases trabajadoras del pasado, las cuales de manera un tanto estereotipada son retratadas como

combativas, organizadas, solidarias, explotadas pero integradas en el sistema -es entonces cuando surgen otros supuestos de menor entidad, como por ejemplo aquel que afirma que la singularidad de los “excluidos” reside en su pasividad o en su capacidad para organizarse. La segunda crítica surge de la observación etnográfica: estas visiones que equiparan a la exclusión con el aislamiento social, y que se materializan en conceptos como los de “desafiliación”, ha tenido tanto éxito que orientaron los estudios sobre los procesos de desventajas sociales hacia las rupturas, omitiendo las continuidades -ciertos vínculos persisten pese al contexto de exclusión- y la composición de nuevas sociabilidades -los procesos de reafiliación que se entablan como consecuencia de dicho entorno. El énfasis en el aislamiento nos ha impedido indagar en las redes que se generan en el contexto de exclusión, en las relaciones sociales que permiten la subsistencia material cotidiana así como encontrar un sentido de “normalidad” en el contexto de penurias. Difícilmente podamos entender a la exclusión y pensar en posibles intervenciones sociales si no tenemos en cuenta las redes de subsistencia que se elaboran en un entorno marcado por la precariedad.

Implementación de las teorías sobre la exclusión social en Latinoamérica

En América Latina, la mayoría de los estudios apelan a la exclusión como si se tratara de un término equivalente al de pobreza o marginalidad, en vez de concebir a la misma como una categoría que posee una tradición propia. A pesar de ello, diversas investigaciones siguen la perspectiva francesa. En las mismas, se sostiene la necesidad de sustituir categorías obsoletas -como las de marginalidad o pobreza- por la noción de exclusión, la cual permitiría dar cuenta de una mayor polarización y fragmentación social. Un buen ejemplo es el libro editado por Gonzalo Saraví (2006), donde se asume el desmoronamiento del sentido comunitario. En nuestro continente y a diferencia de Europa, las lagunas institucionales tradicionalmente fueron suplantadas por la densidad de los vínculos sociales; la constitución de lo social no necesariamente tuvo a la conjunción Empleo/Estado como epicentro. Los trabajos antropológicos de Lomnitz (1975) dan cuenta de cómo las redes sociales actuaban como un mecanismo socioeconómico de intercambio basado en la reciprocidad, un recurso básico para la subsistencia de las poblaciones carenciadas. Pero los partidarios de utilizar la noción de exclusión argumentan que asistimos a un cambio de época, donde el modelo propuesto por Lomnitz debe ser revisado. Los actuales procesos de atomización que están padeciendo los grupos domésticos, producto de la erosión de la economía doméstica y la precariedad laboral, generan una novedad: el aislamiento ligado al desgaste en la capacidad de entablar relaciones sociales horizontales de ayuda mutua. Asimismo, la aptitud para reciprocitar, elemento fundamental en las estrategias de subsistencia, se desmorona ante la imposibilidad de devolver favores a largo plazo y de mantener relaciones de intercambio con los vecinos. Si las teorías de la marginalidad utilizadas décadas atrás se asociaban con redes de contención y expectativas de ascenso social, la exclusión de hoy en día se ligaría con el fin de dichas expectativas y la fragmentación social.

Otros investigadores, como Merklen (2005), reconocen la presencia de procesos desafilatorios; sin embargo, sostienen que en paralelo asistimos a nuevas formas de sociabilidades e identidades marcadas ya no tanto por el trabajo, sino por lo territorial. Como consecuencia de la exclusión laboral, el espacio local se articula como factor clave en la reproducción de la vida cotidiana; el barrio se convierte en la principal estructura portadora de sentido. En definitiva, Merklen realiza una crítica similar a la planteada anteriormente: la exclusión no puede ser comprendida ciñendo el análisis en los procesos de descomposición de los lazos sociales, sino que debemos extender el horizonte hacia los procesos de recomposición de dichos vínculos.

En definitiva, la discusión continúa abierta. Algunos estudios definen a la exclusión como una descomposición del tejido social latinoamericano, mientras que otros remarcan la conformación de nuevos actores y sociabilidades. Es tarea de cada investigador posicionarse al interior de este debate en función de lo observado en su propio trabajo de campo.

Trabajo de campo y aplicabilidad de las teorías sobre la exclusión social

En este apartado, lo primero que habría que preguntarse es si es posible afirmar que en Argentina hubo una sociedad salarial que se derrumbó, generando una "nueva pobreza". Por una cuestión de espacio, en cuanto al derrumbe de la sociedad salarial sólo mencionaré lo siguiente: la sociología local afirma que no sólo Argentina tuvo un desarrollo importante de su estado social respecto al resto de América Latina -aunque menor en comparación con países europeos como Francia-, sino que en la zona la empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Estatales (YPF) representó la versión local de una sociedad salarial. Estos estudios destacan que Estado de Bienestar e YPF estatal se confunden, pues además de generar empleo, YPF cumplió una función social que se cristalizaba a través de clubes, centros educativos y de salud, etc. (Salvia 1999). En la región, el pleno empleo y el empleo por contrato indefinido habrían sido fundamentales. Sin embargo, esta situación convulsionó en los 1990'; las políticas neoliberales, junto con la privatización de YPF, fueron descritas como equivalentes al derrumbe de la sociedad salarial.

En la zona, los primeros años del proceso privatizador implicaron el incremento de los índices de desocupación; no obstante, ya en 1995 la tasa de empleo se recuperó hasta alcanzar el mismo nivel que tuvo en los inicios de la privatización (Cicciari 1999). Pero si lo planteado por estas teorías en cuanto al desempleo no es aplicable en la zona, distinto es lo que ocurre respecto de la exclusión como sinónimo de inestabilidad laboral. Efectivamente, la privatización de YPF supuso el fin del contrato indefinido y la expansión de la informalidad, inestabilidad y precarización de las relaciones laborales. En consonancia con las teorías sobre la exclusión social, en la zona asistimos a la proliferación de procesos de dualización social. Me refiero a un modelo de crecimiento económico y concentración de la riqueza sin la consiguiente distribución del trabajo y el ingreso a escala social y regional (Salvia 1999). De tal modo, se constata una tendencia en el trabajo asalariado: la escisión entre un segmento de trabajadores con una fuerte capacidad adquisitiva producto del empleo en el sector petrolífero, y otro sector cuyos magros ingresos no logran afrontar los

precios de una ciudad moldeada por la producción de hidrocarburos (Cabral Márques 1999). De más está decir que los recolectores ocupan las posiciones más relegadas del segundo sector.

Ahora bien, ¿es útil la noción de “nuevos pobres” -tan importante para las teorías francesas sobre la exclusión- en el caso de los recolectores? De estas teorías, ante dicho interrogante se torna posible criticar un excesivo énfasis en las clases medias caídas en desgracia. De tal modo, se obtura el análisis de quienes padecen una pobreza histórica, que se transmite de generación en generación -este es el caso de la mayoría de quienes toman al basural como eje de subsistencia. La vulnerabilidad social de estas personas no es una esencia inmutable, sino que es fundamental analizar cómo la misma ha evolucionado a lo largo del tiempo. Por otra parte, hay gente que acude al basural en momentos puntuales de su biografía laboral, en fases de desempleo. En un primer momento, parecería que la noción de “nuevos pobres” podría ser aplicable en estos casos; no obstante, es significativo el hecho de que todas estas personas provienen de barrios populares y no poseen cualificaciones laborales por lo cual, cuando tuvieron un empleo, este fue precario; más aún, por lo general sus trabajos no supusieron insertarse en el mercado formal de empleos -sus trabajos fueron “en negro”. Por consiguiente, la categoría de “nuevos pobres” no parece ser útil a la hora de analizar la situación de los recolectores informales de residuos pues, tanto quienes fueron socializados desde su más temprana infancia en el vertedero como quienes acudieron al mismo como consecuencia de una “crisis de desempleo”, todos se inscriben al interior de los sectores populares. Es decir, en ningún caso la conexión con el basural tuvo como origen la caída en desgracia de quien históricamente había formado parte de una clase media.

En cuanto al trabajo, el común denominador en la historia laboral, incluso para quienes tuvieron un empleo, consiste en haber contado con empleos no cualificados. Los empleos sin cualificaciones son los que más se ven afectados frente a las fluctuaciones económicas, son los que padecen las tasas más altas de precariedad en lo que se refiere al nivel de salarios, la estacionalidad y el carácter cíclico de los empleos, la falta de un contrato que garantiza los derechos o los niveles de accidentes laborales (Antunes 2005; Castel 1997). Suelen ser trabajos en negro, por lo cual no poseen ningún derecho ni protección frente a las arbitrariedades de los empleadores.

Como vimos, las teorías francesas localizan el epicentro de la exclusión en el desempleo. En las mismas se destacan diversas fuentes de pesar asociadas al desempleo: carecer de ingresos, sentirse distante de una supuesta “normalidad” ligada con el consumo, el estigma de la pasividad, la ansiedad frente a un futuro incierto, las dudas sobre sus propias capacidades. No obstante, vale la pena realizar una aclaración. En segmentos poblacionales que están tan acostumbrados a la precariedad, las fases de empleo, desempleo y economía informal no son claramente identificables. La vida de esta gente suele oscilar entre tales alternativas. Por consiguiente, el desempleo suele ser mitigado por las distintas modalidades de economía informal, sin que necesariamente suponga un factor tan desestructurante para la identidad.

En este punto es donde afloran nuevamente las visiones rupturistas, para las cuales el quiebre que distancia al sujeto del mercado formal de empleo es sinónimo de falta de trabajo. Solemos pensar que el trabajo equivale a un intercambio reglamentado, a un empleo remunerado donde el salario, el tiempo y el lugar se estipulan de antemano a partir de un contrato legal. Estas definiciones restringidas silencian diversas formas de explotación –el empleo doméstico es el ejemplo más citado–, y omiten la existencia de aquellas actividades productivas que no se ajustan a la acepción ortodoxa de empleo remunerado. Algo similar ocurre con los estereotipos que equiparan al desempleado con la pasividad: al dar por sentado tales supuestos, obturamos la posibilidad de detectar una serie de prácticas sociales que constituyen la principal forma de subsistencia material y psicológica de quienes son clasificados como “excluidos”. Las asociaciones entre “los excluidos” y la pasividad remiten a una concepción estrecha del empleo que cierra los ojos ante las formas de trabajo no reconocidas por los niveles normativos.

La recolección supone una serie de prácticas a partir de las cuales estas poblaciones logran la subsistencia cotidiana por lo cual, en ciertas ocasiones, tiende a ser descrita por estas personas en términos similares a un trabajo. Esto es así no sólo por el beneficio económico que se obtiene, sino también por emular el tipo de relaciones sociales que se generan en dichos ámbitos (Rowe y Wolch 1990). Por un lado, como ocurre con todo trabajo, es gracias a las prácticas de recolección que logran la reproducción de la unidad doméstica. Por el otro, el trabajo representa un ámbito que estructura la cotidianidad, arraiga al sujeto en un espacio social concreto otorgando un sentido identitario de pertenencia. Buena parte de la sociabilidad diaria de los sujetos se desarrolla en donde pasan la mayor parte de su vida, en el ámbito laboral. Lo mismo ocurre con el basural en el caso de los recolectores: en tanto repetición de las prácticas, la rutina en el basural limita la interacción social a dicho escenario, así como moldea la percepción generando una sensación de continuidad espacio-temporal en los recorridos rutinarios.

En lo que respecta a la exclusión como ruptura de las sociabilidades, la realidad observada se distancia de estas teorías. En primer lugar, reitero que estas visiones desafiatorias impiden singularizar los procesos reafiliatorios, la recomposición de redes en los espacios de precariedad social. En segundo término, para esta gente, ni el desempleo ni tomar al basural como medio de subsistencia implicó el quiebre de sus redes sociales. Desde ya que esto es así en quienes padecen una “pobreza estructural o tradicional”, para quienes el desempleo no significa una disrupción de su normalidad, para quienes la economía informal históricamente supuso la vía de supervivencia familiar. Pero ello también es así para quienes se acercan al basural tras un problema laboral. Sólo ante las preguntas directas del investigador reconocen que en ocasiones “te miran mal por ser del basural”. El sentido de tal frase apunta a un elemento discriminatorio, pero el mismo se sitúa abstractamente en la sociedad en su conjunto –especialmente en los potenciales dadores de empleo–, no así en los vecinos del barrio, en los amigos o familiares. Es decir, si para ellos la conexión con el basural pudo significar cierto elemento de vergüenza, la misma nunca fue lo suficientemente fuerte como para generar la ruptura del vínculo social. Ello es así pues quienes se aproximan al basural proceden

de sectores populares habituados a que el trabajo va y viene, al “rebusque”, a la subsistencia apelando al propio ingenio mediante prácticas informales. Sus mentalidades no son las de las clases medias, para quienes la noción de ruptura parece ser más aplicable que en estos casos; el desempleo y la subsistencia mediante la recuperación de residuos puede suponer descender un escalón en una pirámide social imaginaria, pero no representa una caída abrupta que amerite la desconexión de las sociabilidades primarias. Vale la pena reiterarlo: el basural no es sólo un espacio de subsistencia sino también de sociabilidad.

Breves reflexiones finales

Antes de esbozar una conclusión, es preciso realizar una aclaración: los análisis más interesantes en torno a la noción de exclusión social son aquellos que la definen como un proceso multidimensional -en tanto concepto transversal, toca tangencialmente las diversas formas de dominación social-, reversible -la diacronía implica que son más frecuentes las entradas y salidas que la coagulación en un estado; se oscila entre la vulnerabilidad y la exclusión en función de los golpes de suerte- y acumulativo -los problemas laborales, político o étnicos suelen superponerse, dificultando las posibilidades de salir con éxito de tales situaciones. En tal sentido, desde ya que la exclusión de estos grupos se asocia con otros factores, entre los cuales cabe destacar la relación entre subsistencia y salud en un espacio altamente contaminado. Por una cuestión de límites de espacio, el texto sólo considera cómo el supuesto de la ruptura se aplica en dos dimensiones básicas: el trabajo y las sociabilidades.

La principal reflexión que se desprende del texto guarda relación con un desafío que toda perspectiva antropológica sobre los procesos de precariedad social debe afrontar, el cual consiste en generar una teoría del vínculo social. El aislamiento de "los excluidos", por lo menos en el caso de los recolectores informales de residuos, no se identifica con una desconexión radical ni puede ser definida como sinónimo de soledad. Los recolectores interpretan sus actividades como un trabajo. Asimismo, su historia laboral en el mercado de empleo se ha caracterizado por la precariedad y el desempleo -en algunos casos, incluso nunca existió dicha vinculación-; no obstante, su desconexión con el mercado de empleo en ningún caso fue interpretado en términos de quiebre ni conllevó al quiebre de sus vínculos sociales. Del mismo modo, ningún recolector retrata su conexión con el vertedero municipal en términos de una caída, como una supuesta ruptura que los distanciarían de una normalidad perdida. Por el contrario, el basural es concebido como un espacio de sociabilidad, de encuentro con familiares y compañeros. Ello no supone negar la existencia de modalidades de aislamiento, las cuales se expresan bajo la forma de segregación social.

En primer lugar, la segregación remite a una enorme dificultad para asociarse con otros sectores sociales, con los segmentos del mercado de trabajo que aseguran la integración social, con áreas de la ciudad que fueron apropiadas por las clases acomodadas, con una distancia social respecto de los espacios dominantes de la sociedad. En tal sentido, cuando se apeló al concepto de estigma, no casualmente

todos afirmaron que el ingreso al basural no implicó alejarse de sus conocidos, pero paralelamente surgieron relatos donde se reconoció que otros sectores sociales los discriminaron por su vínculo con el basural -en concreto, se menciona a los posibles empleadores. Efectivamente, la exclusión da cuenta de una tendencia: la vinculación se da cada vez más entre pares, mientras que fuerzas centrípetas llevan al difícil vínculo entre las clases sociales. De estas teorías, es interesante la asociación entre trabajo y sentido de pertenencia: este último depende de la interdependencia de los sujetos, donde la tarea desempeñada por cada persona posee una utilidad social y por consiguiente es reconocida por el conjunto social. La segregación no se exterioriza únicamente en los barrios de una ciudad, sino también en esa falta de reconocimiento del otro. En segunda instancia, al indagar la naturaleza del vínculo social, vemos que la conexión con otras clases sociales continúa existiendo, pero se materializa bajo un formato de subordinación, de lazos paternalistas, jerárquicos y asistencialistas.

Bibliografía

- Abrahamson, P. (1997) "Exclusión social en Europa: ¿vino viejo en odres nuevos?", en: Moreno, L. (Comp.). *Unión Europea y Estado de Bienestar*. Madrid, Concejo de Investigaciones Científicas (CSIC), Instituto de Estudios Avanzados, 117-141.
- Antunes, R. (2005) *Los sentidos del trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. Buenos Aires, Herramienta.
- Cabral Marques, D. (1999) "Entre la crisis del valor social del trabajo y la fragilidad de la identidad del trabajador: cuenca del golfo de San Jorge", en: Salvia, A. (Comp.) *La Patagonia de los noventa. Sectores que ganan, sociedades que pierden*. Buenos Aires, La Colmena.
- Castel, R. (1997) *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires, Paidós.
- Cicciari, M. R. (1999) "Evolución económica del complejo petrolero de la cuenca del golfo de San Jorge en un contexto de cambio estructural. El mercado laboral de Comodoro Rivadavia, 1985-1997", en: Salvia, A. (Comp.) *La Patagonia de los noventa. Sectores que ganan, sociedades que pierden*. Buenos Aires, La Colmena.
- Karsz, S. (Coord.). (2004) *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Barcelona, Gedisa.
- Lomnitz de Adler, L. (1975) *Como sobreviven los marginados*. México D.F., Siglo XXI.
- Merklen, D. (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires, Gorla.
- Paugam, S. (2007) *Las formas elementales de la pobreza*. Madrid, Alianza.
- Rowe, S. y Wolch, J. (1990) "Social Networks in Time and Space: Homeless Women in Skid Row, Los Angeles", *Annals of the Association of American Geographers*, V. 80, N. 2, (Jun.), 184-204.
- Salvia, A. (Comp.) (1999) *La Patagonia de los noventa. Sectores que ganan, sociedades que pierden*. Buenos Aires, La colmena.
- Saraví, G. (Ed.) (2006) *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*. Buenos Aires, Prometeo.